

La calle para el miércoles 24 de enero de 2007
Diario de un espectador
Más extraño que la ficción
por miguel ángel granados chapa

Harold Crick suple, o incrementa su tedio con el rigor con que rige su vida. Es auditor del servicio fiscal norteamericano, y sin tomar siquiera vacaciones, todos los días de su vida, salvo cuando realiza visitas a los contribuyentes en dificultades (para agravarlas), hace exactamente lo mismo. Se limpia con escrúpulo exagerado cada uno de sus dientes, da los mismos pasos, siempre a velocidad uniforme, para abordar el autobús de su vecindario a la oficina, mismo que al caer la tarde lo devolverá de regreso a su rutina hogareña. De todo lo cual parece tomar nota un reloj tiránico, que ostenta en su muñeca.

Un día, de pronto, Crick se percata de un suceso extraordinario: escucha una voz femenina que describe sus acciones y narra su pensamiento, como si lo leyera. No es exactamente una voz interior, sino que pareciera emitida por alguien que lo mirara, y que todo lo supiera. Y es que, sin que nadie se explique cómo, se reúnen sucesos de la ficción y la realidad: la novelista Kay Eiffel escribe un libro cuyo protagonista es, no como Crick, sino Crick mismo, que no obstante tiene su vida y su realidad propia. El auditor, sin embargo, no sabe al principio de qué se trata. Sólo se asusta y se intriga con la voz que narra su vida, ignorando que eso exactamente pasa, pues lo que escucha son las líneas que Eiffel produce en su anticuada máquina de escribir.

La escritora está punto de concluir su libro Impuestos y muerte, y tiene que encontrar la forma de matar al protagonista, Crick mismo, quien escucha que se aproxima a la muerte, extremo que por supuesto no le gusta. No le gustaría de ningún modo, pero menos aún en la conyuntura que está viviendo. Le corresponde auditar a una contribuyente no remisa sino militante. Es una panadera llamada Ana Pascal que deja deliberadamente sin declarar una parte de sus ingresos porque no quiere que la tasa que los gravaría se aplique al gasto militar. Su franqueza y su frescura cautivan al seco auditor, aun cuando le confiesa que puso en desorden los papeles que Crick debe revisar. Pero al cabo de una jornada extenuante, la dueña del pequeño establecimiento lo sorprende y perturba ofreciéndole galletitas que ha cocinado para él, que nunca ha probado una.

Se enamoran, pues, por lo que al funcionario urge más que nunca averiguar de qué se trata, la forma en que realmente puede afectar su vida lo que ha oído. Después de buscar auxilio siquiátrico y psicológico, llega a la oficina de un profesor de teoría literaria, Hilbert, que descubre que la voz que está oyendo su interlocutor es la de un narrador omnisciente, que debe ser descubierto para averiguar el destino que depara a su personaje. .

Presa de angustia a su vez, la escritora se debate entre su propia dificultad para concluir un libro que urge lanzar al mercado y la presión que sus editores ejercen sobre ella con ese propósito. Le han enviado a una asistente que es imperativa y cariñosa al mismo tiempo, pues su obligación es hacer que la novelista retorne a la normalidad y mate a su personaje. Finalmente la autora concibe la escena final donde ocurrirá tal muerte. Pero para entonces Crick ya la ha identificado y localizado. Es una escena notable la que coloca frente a frente a la creadora y su creatura, que no lo es rigor porque tiene vida propia. No es que la haya cobrado, como un lugar común literario asegura. Crick era Crick antes de que Eiffel imaginara a un auditor fiscal llamado Crick al que está por privar de la vida. El personaje pide clemencia, que la escritora no otorga, y hasta el profesor de literatura pretende hacerle comprender que no puede ser de otro modo porque la calidad del libro sufriría con un final distinto.

Sin embargo, como en las películas antiguas el amor será salvación.